

Hijo. María ha querido participar hasta el final en el sufrimiento de Jesús, porque no ha rechazado la espada anunciada por Simeón (cf Lc 2,35) y, sin embargo, ha aceptado con Cristo el designio misterioso del Padre».

Ya desde ese momento, chispas pascuales encienden el misterio, que explotará en plenitud en el momento oportuno.

La profetisa Ana se inscribe en la misma línea pascual, puesto que «hablaba del niño a todos los que esperaban la liberación de Israel» (v. 38). Aunque el término griego usado, *lytrosis*, «redención», recuerda el vocabulario y la teología del Antiguo Testamento (caso análogo al de los dos discípulos de Emaús, cf Lc 24,21), el contexto cristiano no admite involuciones teológicas: en presencia de Jesús, la redención sólo puede hacer referencia a su pasión y muerte. Para Lucas, *lytrosis* indica la salvación del pueblo de Dios (cf 1,68).

Los dos santos ancianos son figuras proféticas guiadas por el Espíritu Santo. Tienen muchos aspectos en común: viven una vida de fe a la espera de grandes acontecimientos, han percibido la grandeza del niño y hacen público lo que el Espíritu les ha sugerido. Son catequistas del misterio pascual para sus contemporáneos y, más aún, para todos los lectores del Evangelio.

Jesús en el Templo (vv. 41-52)

⁴¹ Sus padres iban todos los años a Jerusalén por la fiesta de la pascua. ⁴² Cuando tuvo doce años, fueron a la fiesta, como era costumbre. ⁴³ Terminada la fiesta, emprendieron el regreso; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres se dieran cuenta. ⁴⁴ Creyendo que iba en la caravana, anduvieron una jornada, al cabo de la cual se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; ⁴⁵ al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en busca suya. ⁴⁶ A los tres días lo encontraron en el Templo sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. ⁴⁷ Todos los que le oían estaban admirados de su inteligencia y de sus respuestas. ⁴⁸ Al verlo, se quedaron maravillados; y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados». ⁴⁹ Les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?». ⁵⁰ Ellos no comprendieron lo que les decía. ⁵¹ Jesús fue con ellos a Nazaret, y les estaba sumiso. Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. ⁵² Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres.

158

El episodio de Jesús con doce años en el Templo cierra el evangelio de la infancia y prepara el camino de la misión pública; hace de cierre entre la vida privada en Nazaret y su ministerio. Una crítica tan despiadada como injustificada ha querido suprimirlo de un tratado histórico, porque volvería a plantear el esquema del héroe que se presenta como tal desde su juventud. Observando bien, Jesús no tiene nada del *enfant prodige*: si este hubiera sido el interés, habríamos tenido el contenido de sus respuestas, que tanto asom-

braban al auditorio (cf v. 47). Sin embargo, Lucas pretende atraer la atención sobre otras palabras de Jesús: las que revelan su identidad más que su inteligencia.

Distanciándose de la pregunta de María: «Hijo, ¿por qué has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando muy angustiados» (v. 48), Jesús responde: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo ocuparme en los asuntos de mi Padre?» (v. 49). La respuesta de Jesús contiene dos subrayados que María no había percibido. El primero se refiere al «debo». Jesús da a entender que ha actuado por una necesidad interior, sin querer oponerse al deber filial de respeto y obediencia, que retomará inmediatamente después (cf v. 51). A un deber, Jesús le ha antepuesto otro que le es superior, como el primer mandamiento es superior al cuarto. La urgencia de este verbo la prepara el «se quedó» del v. 43 que, en griego, significa «resistir, perseverar, aguantar» (cf Mt 10,22): «Jesús no se quedó en el Templo por simple atracción, sino como fruto de una decisión difícil, con vistas a una misión que cumplir. Su quedarse es, precisamente, un aguantar, un perseverar, es una experiencia vocacional» (C. M. Martini).

159

El deber de Jesús se expresa en su introducirse en la necesidad histórico-salvadora, que corresponde a la raíz profunda de su vocación. Él hace suyo el proyecto del Padre.

El segundo subrayado, íntimamente ligado al precedente, se refiere al Padre. Llamar a Dios Pa-

dre no es una novedad en el lenguaje teológico del Antiguo Testamento. Israel, el hijo predilecto, ama dirigirse así a su Dios (cf Éx 4,22; Dt 32,6.18), y también el rey (cf 2Sam 7,14) o el simple fiel que ora (cf Sal 73,15). Nuestro contexto obliga a una consideración distinta, sobre todo por el marcado contraste entre el «tu padre» dicho por María, con referencia a José, y el «mi Padre» dicho por Jesús, con referencia a Dios. Jesús, con doce años, ya próximo a adquirir la plena madurez religiosa, que se obtenía al cumplir trece años, revela la conciencia de una unión única con Dios. No es difícil entrever la conciencia de la filiación divina, que justifica el perentorio «debo».

Se puede percibir un marcado eco pascual en el episodio de Jesús en el Templo, casi para leerlo como preludio pascual. Se repiten los temas y términos de Jerusalén (2,41.43.45), de la fiesta de Pascua (2,41), los tres días (2,46), el «debo-es necesario» (2,49), el «buscar-encontrar» (2,44-46.48-49), el Templo (2,46) y la incomprensión (2,50).

160

Todos estos temas se vuelven a encontrar en el capítulo final de Lucas, que describe el ambiente pascual de la resurrección. Se habla de Jerusalén como teatro donde se desarrollan los hechos (24,13.18), la indicación del tercer día (24,7.21.46), el tema del «debo-es necesario» (24,7.26.44), el cumplimiento (24,44), el «buscar-encontrar» (24,2.5.23) y el Templo (24,53).

Realmente, se podría leer el episodio actual después del relato de la Pascua.

María, madre y discípula

Sobre la escena de Navidad irradia la luz de la Pascua. No maravilla en absoluto si pensamos que el evangelista Lucas ha hablado del nacimiento de Jesús conociendo su verdadera identidad de hombre-Dios. Lo suyo no es una simple narración, sino un anuncio *kerygmático*, una forma de hacer catequesis, de difundir esa fe que salva, la fe en Cristo muerto y resucitado que un día había comenzado su aventura humana presentándose como Jesús de Nazaret. Cuando se habla de él, de su nacimiento, es inevitable referirse en términos de conjunto, en términos de alusión pascual. Con toda razón comentaba san Gregorio: «Esta Navidad que es una Pascua».

Para tener Navidad es necesaria María. Ella es aquella que Dios ha elegido para permitir al Hijo eterno convertirse en hombre que entra en la trampa del tiempo. Sólo en relación a Jesús se comprende y define su presencia, que será siempre funcional y dependiente de él. María crece en la comprensión de su papel y en el seguimiento de su hijo. Para ella vale también el camino de muerte-resurrección que seguirá su hijo.

161

Del texto a la vida

1. María, llamada al noble «servicio» de la maternidad, sigue al Hijo incluso en el camino de

la cruz (la espada que atraviesa). ¿Estoy convencido de que el misterio pascual atraviesa y da valor a toda la vida? ¿Sé combinar sabiamente el gozo del nacimiento con el valor de la muerte redentora de Cristo? ¿Poseo una idea teológica correcta que unifica la Navidad y la Pascua?

2. El intercambio de regalos en Navidad recuerda el «regalo» por excelencia: el que Dios le hace a la humanidad haciéndose hombre. ¿Cómo aprecio este regalo? ¿Cómo es posible hacer partícipes de este regalo a las personas?

3. Si es verdad, como dicen los padres de la Iglesia, que Dios se hace hombre para que el hombre se pueda hacer Dios, ¿cómo he de vivir para «deificarme»? ¿Cómo uso los medios a mi disposición, en primer lugar, entre todos, los sacramentos?

4. En el Templo, Jesús reivindica las exigencias de Dios. Es una forma nueva y original para ser auténticamente libre. ¿Cómo hago valer, en mi vida, las exigencias de Dios? ¿Las defendiendo de los ataques, incluso de aquellos que están recubiertos de recta intención? ¿Soy capaz de celebrar mi libertad de forma correcta y constructiva?

Conclusión

*De la poesía de la Navidad
a la Navidad de la poesía*

No rara vez la Navidad desempeña la función de espejo deformado por la banalidad de los comentarios y por el centrifugar de los sentimientos. Entre las afirmaciones que invaden y contaminan el tiempo navideño registramos: «La Navidad es la fiesta más hermosa del año; nos sentimos todos más buenos», como si fuera suficiente un tiempo de calendario para suavizar sentimientos hostiles o para romper armas afiladas durante todo el año. Otros dejan caer un piadoso velo sobre los recuerdos y comentan, con pesimismo: «Ya no es la Navidad de otros tiempos...», dando a entender que están resignados a conformarse con una fiesta que ha perdido esplendor y determinación. No se acabaría nunca el inventario de los fracasos, arrepentimientos y desilusiones. La Navidad, constelada de explosiones de luz, enriquecida por un montón de regalos, ya no logra actuar como «integrador vitamínico» en una cultura de la opulencia que se despliega durante los doce meses del año. Por lo menos en nuestro mundo de europeos occidentales.

Llamo a todo esto «la poesía de la Navidad»,

creada a propósito por agentes interesados en comercializarlo todo, sentimientos incluidos. En este caso, la inteligencia mide sus propios límites, oyendo cada vez más lejos el rumor del océano divino. Resulta difícil, casi imposible, echar un vistazo, aunque sea una sola vez, más allá de la pura materia, destinada a envejecer precozmente y a morir dejando sólo mucho arrepentimiento. Todo sería como un gigantesco sábado del pueblo, hermoso y seductor sólo en sus expectativas, decepcionante y frustrante en su cruda realidad. Todo terminaría crucificado en el gris de lo cotidiano. Por tanto, el engaño aparece pronto, cuando el caro paquete de viento, enviado al hombre por los manipuladores de la opinión pública, se abre y se encuentra vacío. Es decir, una estafa generalizada, legalizada y pagada a precio alto.

164

Es verdad que algunos son conscientes de ello desde el principio, pero se trata de un juego colectivo, de una droga distribuida a manos llenas de la que no se puede prescindir. También en esto se puede hablar de dependencia y de costumbre. Papini hablaría de «chapucerías de cristianismo depuesto y consumido». Yendo más allá, se podría considerar que estamos en presencia de un verdadero cristianismo, entendido como una mezcla de supersticiones enmohecidas, entibiecidas por un falso calor y por una piedad empalagosa.

Aquí no queremos dejar paso a una cultura del lamento y pretendemos alejarnos de una inútil visión pesimista. A la empobrecida «poesía de la

Navidad» queremos contraponerle «la Navidad de la poesía». No se trata de un juego de palabras, sino de una colocación exacta de los términos (primero, Navidad y, después, poesía) y, más aún, de una comprensión significativa capaz de iluminar la inteligencia, de encender el corazón y de mover a una vida nueva incluso con gestos concretos. Es decir, todo el hombre está implicado, una vez que queda envuelto por lo divino. La poesía no se relega al ángulo oscuro de los sentimientos privados, ni se abaja a subproducto del espíritu. La poesía se convierte en una expresión privilegiada del ser humano, una vez que este encuentra su verdadera identidad.

Por eso, es necesario empezar por la Navidad. El nombre hace referencia a un nacimiento, pero no a uno cualquiera, ni a los numerosos nacimientos que cadencian el paso del tiempo: viene al mundo un niño cada segundo... Ciertamente, el nacimiento es ya efervescencia de vida, una especie de milagro en sí mismo. Valdría la pena detenerse para contemplar extasiados este festival de la vida. Pero no se explicaría ese sentido de fiesta general que sugiere la Navidad. Todos estamos invitados a celebrar no un nacimiento, sino «el nacimiento», el de un niño aparecido hace dos mil años en una oscura provincia del gran Imperio romano. Ese niño, que lleva el nombre de Jesús, envuelto en pañales como en un caparazón, en lo provisional, posee la semilla de las realidades definitivas. No llega de repente e inesperadamente, pues una

larga historia lo ha preparado, una historia que, igual que un sismógrafo advierte de los sobresaltos en las entrañas de la tierra, se agita en la espera. Se sabe que del tejido de la historia se transparenta el sentido remoto de las cosas, su misterioso rotar junto al mundo. Poco importa que pocos se den cuenta de este nacimiento y que poquísimos lo acojan con el honor debido. El valor de una persona no depende del reconocimiento de los demás. Será necesaria toda la vida de este niño, sobre todo su muerte, para entender plenamente su identidad y para hacer digno este nacimiento de una solemnidad cuyo eco no se apaga con el transcurso de los siglos. En efecto, de la visión de conjunto de su persona emerge una dignidad que merece un eco universal. A la luz de toda su vida, el nacimiento adquiere también sumo valor. Los evangelistas hablan de él con desconcertante sencillez, sin imágenes cegadoras, exceptuando las intervenciones angélicas y la presencia de los Magos adoradores. Aparte de esto, todo gusta el área sencilla y casera de las cosas comunes.

166

Y, sin embargo, el fundamento histórico que no permite el milagrismo no permite tampoco el misterio. La gran apostasía sería sentirse curados de la «enfermedad de Dios», curados del interrogante, presente en el misterio, sin angustia ni asombro. Ese nacimiento y los pocos acontecimientos narrados que forman su discreto contorno contienen un potencial teológico que sólo el creyente puede hacer estallar en su vida. En

caso contrario se cae, o en la sonrisa burlona de conmiseración, casi como si se tratase de relatos piadosos para muchachos crédulos, o en la drogada ilusión de dar rienda suelta a un sentimiento que se ha de recordar, automáticamente, en un determinado periodo del año. El creyente sabe que puede contar con un nacimiento que ha dividido la historia de la humanidad: antes de Cristo, después de Cristo y, mucho más aún, de poder considerar tesoro ese nacimiento para poder renacer, también él, a esa vida que rociará ese niño. La Navidad de Jesús se convierte en la poesía del hombre, en su mañana coloreada de divinidad.

Nos gustaría concluir con una reflexión valiosa, una mezcla de lo concreto, teología, poesía y mística. Es lo que Pablo VI, peregrino en Tierra santa, pronunció en Nazaret el 5 de enero de 1964:

La casa de Nazaret es la escuela donde se empieza a comprender la vida de Jesús, es decir, la escuela del Evangelio. Aquí se aprende a observar, a escuchar, a meditar y a penetrar en el significado tan profundo y misterioso de esta manifestación del Hijo de Dios tan sencilla, humilde y hermosa. Quizá aprendamos también, casi sin darnos cuenta, a imitar. Aquí aprendemos el método que nos permitirá conocer quién es Cristo. Aquí descubrimos la necesidad de observar el cuadro de su estancia entre nosotros: es decir, los lugares, los tiempos, las costumbres, el lenguaje, los ritos sagrados, es decir, todo aquello de lo que Jesús se sirvió para manifestarse al mundo. Aquí todo tiene voz, todo tiene significado. Aquí, en esta escuela, ciertamente comprendemos por qué hemos de tener una

disciplina espiritual si queremos seguir la doctrina del Evangelio y convertirnos en discípulos de Cristo. ¡Oh, qué gustosamente querríamos volver a ser muchachos y entrar en esta escuela humilde y sublime de Nazaret! ¡Cuán ardientemente deseáramos volver a empezar, junto a María, a aprender la verdadera ciencia de la vida y la sabiduría superior de las verdades divinas! Pero no estamos más que de paso y es necesario que depongamos el deseo de seguir conociendo, en esta casa, la nunca realizada formación de la inteligencia del Evangelio. Sin embargo, no dejaremos este lugar sin haber recogido, casi furtivamente, algunas advertencias breves de la casa de Nazaret. En primer lugar, nos enseña el silencio. ¡Oh, si renaciera en nosotros la estima del silencio, atmósfera admirable e indispensable del espíritu: mientras estamos aturridos por tantos bullicios, ruidos y voces clamorosas en la agitada y tumultuosa vida de nuestro tiempo. ¡Oh, silencio de Nazaret, enséñanos a mantenernos firmes en los buenos pensamientos, atentos a la vida interior, dispuestos a escuchar bien las inspiraciones secretas de Dios y las exhortaciones de los verdaderos maestros! Enséñanos lo importantes y necesarios que son el trabajo de preparación, el estudio, la meditación, la interioridad de la vida y la oración que sólo Dios ve en lo secreto. Aquí comprendemos la forma de vivir en familia. Que Nazaret nos recuerde qué es la familia, qué es la comunión de amor, su belleza austera y sencilla y su carácter sagrado e inviolable; que nos haga ver lo dulce e insustituible que es la educación en familia, que nos enseñe su función natural en el orden social. Finalmente, aprendemos la lección del trabajo. ¡Oh, morada de Nazaret, casa del hijo del carpintero! Aquí deseamos, sobre todo, comprender y celebrar la ley, ciertamente severa, pero redentora, del esfuerzo humano; aquí, ennoblecer la dignidad del trabajo, de forma que todos la sientan; recordar bajo este techo que el trabajo no puede ser fin en sí mismo, sino que recibe su libertad y excelencia no sólo de lo que se llama

valor económico, sino de lo que lo dirige hacia su noble fin; finalmente, aquí queremos saludar a los obreros de todo el mundo y mostrarles el gran modelo, su hermano divino, el profeta de todas las causas justas que les afectan, es decir, Cristo, nuestro Señor.

Apéndice

Aspectos generales del Evangelio de la infancia

Introducción a Mt 1-2 y a Lc 1-2

El evangelio según Marcos, el más antiguo, no refiere nada del nacimiento e infancia de Jesús, probablemente porque el interés primordial se dirigía a otro lugar. Después, nace la necesidad de profundizar en la persona de Jesús, también en su origen histórico. Mateo y Lucas, en sus dos primeros capítulos, hablan de la infancia de Jesús para responder a interrogantes del tipo siguiente: ¿quién es realmente aquel a quien los apóstoles han aprendido a conocer como Jesús de Nazaret, muerto y resucitado? ¿Cómo se combina su divinidad con su humanidad? ¿Qué relación tiene con el pueblo al que pertenece? ¿Qué contribución ofrece su familia humana para su inserción en el tejido de la historia? Estas y muchas otras preguntas posibles no son, ciertamente, la satisfacción de una necesidad de completar, ni mucho menos un tributo que pagar a la curiosidad. Estas responden a una *pregunta de sentido*. El material organizado y propuesto por Mateo y Lucas favo-

rece un mejor conocimiento de Jesús. Juan, el último evangelista, dará un paso ulterior, llevando el interés más allá de la barrera del tiempo. Aquel que responde al nombre de Jesús de Nazaret es también el Hijo de Dios, existente desde siempre. Así, el principio del cuarto evangelio nos lleva al misterio mismo de Dios. Perspectivas distintas, todas complementarias, que enriquecen la nunca suficientemente explorada persona de Jesús.

Entre las muchas cuestiones que podrían tratarse, nos limitamos a algunas: el nombre que se asigna al material, un material que «provoca», el examen de Mt 1-2 y Lc 1-2, una comparación entre ambos y, al final, un esbozo de la relación historia-teología.

Qué nombre dar a Mt 1-2 y a Lc 1-2

¿Cómo llamar al material de Mateo y de Lucas? Las opiniones se dividen en diversas líneas.

172 Algunos autores, sobre todo de lengua alemana (por ejemplo, Gnllka), aman hablar de «prehecho», «preludio» y «prehistoria» (*Vorgeschichte*), porque estos relatos preceden a los acontecimientos narrados por Marcos, que comienza su evangelio con el bautismo de Jesús (cf también He 1,21-22). Otros, como el americano R. E. Brown, prefieren llamarlos «relatos de la infancia», (en inglés, *the infancy narratives*), sin perturbarse demasiado. Otros más favorecen el nombre